

# PERSONAS HUMANAS Y MASAS IMPERSONALES

Por ARTURO M.<sup>o</sup> CAYUELA, S. I.

## Un ejemplo de espíritu humanístico en la enseñanza de la Filosofía

**F**IELES al antiguo adagio *non scholae, sed vitae discimus* (lo que se aprende en las clases ha de aprenderse de cara a la vida), llamábamos un día la atención de nuestros alumnos de Metafísica sobre una cuestión modernísima de vital y práctica importancia, a propósito de las tesis del *supuesto*, la *subsistencia* y la *persona*. Al punto pudimos advertir cómo las miradas cobraban más vivo interés y las fisonomías se iluminaban. Habían atisbado aquellos jóvenes, a través de aquellas cuestiones filosóficas para ellas tan áridas e incoloras, un vibrar de insospechadas derivaciones vitales. Todas aquellas nociones, al parecer exangües, se les coloreaban.

Vamos a trasladar aquí, sucintamente, las aplicaciones de la tesis sobredicha, por creerlas de suma trascendencia en la hora actual para la generalidad del público culto. Seguimos en ello las normas de prudente modernidad que algunos de los más avisados escritores extranjeros de Filosofía nos han señalado previsoramente.

Al estudiarse en la Ética general el fin del hombre, se agitan ahora, entre otras piniones erróneas de filósofos anticristianos, las de aquéllos que, sacando las últimas consecuencias del sistema kantiano, propugnan como fin último del hombre el desarrollo absolutamente libre de la humana perso-

nalidad. Para ellos el ser humano es un ser absoluto y del todo independiente, cuyo destino total se ha de cumplir acá en la tierra: un ser que, por encima de cualquier otro fin que le impongan a él los otros hombres o cualesquiera entes sobrehumanos, imaginados por atávicas preocupaciones, ha de tender a lograr su propio perfeccionamiento. Ninguna otra fuerza, exterior o superior al hombre (aun dado caso que existiese), ha de inmiscuirse para ponerle trabas en el desenvolvimiento generosamente audaz de todas sus naturales inclinaciones de cualquier orden que ellas sean. Cuanto suene a imposición limitadora lo ha de rechazar el hombre con indignación: le humilla y le degrada.

Bien sabido es que semejante doctrina, llevada a su más radical extremo, ha desembocado en el impío y disparatado individualismo nietzscheano, en que se sostiene que cuantos hombres aspiren a sublimarse sobre el nivel de las masas y de las medianías tímidas, para remontarse a la categoría de superhombres (*übermensch*), han de romper decididos con todo género de rutinarias preocupaciones, arrojar de sus hombros todo yugo de leyes, declararse heroicamente rebeldes a toda autoridad, divina o humana, que les coarte su personalísima actividad; y, liberados ya de esa como necesidad de apoyarse en sostenes y rieles morales, propia de los hombres débiles e inconscientes de su personalismo, respirar a sus anchas el aire de las cumbres. Aquella otra moralidad que liga al hombre con la autoridad, que le manda obedecer, humillar su razón a verdades para ella incomprensibles, hacerse fuerza a sí mismo para domeñar las que se han llamado desordenadas inclinaciones; esa moralidad degradante, quédese para los que entre los hombres se resignen, cobardes y envilecidos, a vegetar en la casta de los esclavos.

Los errores han servido en todas las edades de excitantes para suscitar en la Filosofía católica un más despierto deseo de cavar en la doctrina verdadera y de profundizar cada vez más las cuestiones, a fin de dar con nuevos filones de verdad

y aumentar así la riqueza de las demostraciones. La teoría sobredicha de un fin del hombre tan ajeno a la realidad, ha ocasionado nuevas expediciones de los filósofos católicos hacia esas regiones nebulosas para traer al campo del escolasticismo los resultados de sus exploraciones, dar la voz de alerta ante el peligro, y hasta quizás sorprender algo de técnica de verdad en los aparatos enemigos, para aprovecharse de ella en los nuestros de contraataque.

¿ Están latentes algunas partículas de verdad en las teorías modernas que reponen el fin del hombre en el cultivo y desarrollo pleno de su personalidad? Vale la pena investigarlo. Y para ello partamos del análisis filosófico del concepto de *persona*. Sabido es que persona es la substancia racional individual, tan perfectamente subsistente en sí, que, en virtud de esta su subsistencia, existe ella de por sí y de ningún modo se aviene a comunicarse a otra substancia para formar parte de ella, sino que permanece esencialmente incomunicada e incomunicable. De ahí se sigue que la personalidad humana se desarrollará tanto más perfectamente cuanto más se perfeccione su *naturaleza racional* en cuanto tal, aun individualmente considerada, y cuanto más se perfeccione en ella la *subsistencia*. Lo primero se logrará cultivando con preferencia ya desde la niñez y juventud, las facultades específicamente propias de la racionalidad humana, esto es, el entendimiento y la voluntad libre, mediante una educación también específicamente humana, dirigida, sobre todo, a formar hombres que discurren rectamente por sí mismos y que sepan querer con fuerte voluntad, usando de su libertad para el bien; y no tanto a sacar diletantes o eruditos a secas, o atletas en que triunfe más que nada el músculo. Lo segundo se conseguirá tendiendo enérgicamente a que el hombre, cada hombre, todo hombre, se posea a sí mismo y sea él quien obre y se determine y se rija con criterio personal; lo cual se obtendrá tanto mejor cuanto menos se sujete el tal hombre racional a la servidumbre de su naturaleza inferior, común con los brutos, y

del mundo exterior, integrado por las tendencias y gustos e imposiciones, inconscientes e irracionales, de la sociedad; cuanto menos se deje atar por la opinión pública ni arrastrar por el parecer ajeno y por el respeto humano; cuanto con mayor independencia se sobreponga a las seducciones y a los malos ejemplos y fuerzas de arrastre del mal. En una palabra, tanto más será persona el hombre cuanto menos sea de otros y más de sí, cuanto más se proyecte su entitativa subsistencia en su plano psíquico y en su plano moral.

Guardémonos, empero, de incurrir en exageraciones, tan erróneas como funestas en este particular. Cabalmente, en sacar de quicio esa independencia personal consiste el error, o mejor, la mole de errores de la aludida filosofía moderna. No se opone a la dicha independencia personal ni a esa subsistencia en sí mismo el que la persona humana viva sujeta, con sujeción moral, al Autor del mundo y del hombre, Dios, y a la ley moral que el mismo Dios ha escrito en la humana voluntad y ha promulgado positivamente. Tan lejos está de oponerse esta sujeción a la independencia de la personalidad, que, al revés, en ella, si es consciente y libérrimamente admitida, resplandece con todo su intenso brillo la dignidad y el dominio y la fortísima independencia; toda vez que al obrar así ejercita el hombre el acto más suyo, cual es el de conformar, queriendo y queriéndolo robustamente, su propio querer con el querer divino y con el querer de quienes le representan por su legítima autoridad al mismo Dios.

Por universal y espontáneo consentimiento del género humano, se corona de flores y se enaltece con los máximos honores el sepulcro de los héroes de la Patria y de la Religión que, ante la terrible alternativa de renunciar a esa su heroica sujeción a su deber o a su propia vida, fueron tan señores de sí, tuvieron tan en sus manos su voluntad, que con un acto supremo de dominio de su personalísima voluntad, por nada ni por nadie coaccionada, quisieron cesar de querer acá en la tierra, en obsequio y sacrificio voluntario a la Divini-

dad. En ese sentido, casi podríamos decir que, aun en el modo de sentir y hablar de los hombres, casi resultan sinónimos los dictados de héroes y de personalidades sobresalientes.

Infiérese de ahí con lógica inflexible que los partidarios de una independencia personal del hombre, cuya índole consista en sacudir de sí la sujeción a una voluntad extramundana y supramundana, señora del ser humano, empiezan por degradar a esa misma persona a la que parecen querer sublimar, puesto que prácticamente le arrancan de la cabeza la corona de su inteligencia y apagan esa luz de ella, a cuyos resplandores el hombre desapasionado no puede menos de reconocer, por poco que use de su facultad de discurrir, la existencia de ese supremo Ser, y, por tanto, dé la obediencia que toda criatura le debe. Y si eso no, nos presentan una personalidad tan débil, aunque aparentemente con pujos de grandeza de rebeldía, que no tiene fuerza para dominarse a sí mismos a fin de ordenar su voluntad conforme a lo que el entendimiento juicioso les dicta ser bueno y justo. Al pretender levantar al hombre a la categoría de superhombre, le rebajan al nivel de los seres que carecen de inteligencia y de libertad; a fuerza de proclamarlo *sui iuris*, es decir, de su propio racional derecho, le amarran a la cadena del instinto animal.

Queda, pues, fuera de toda duda lo absurdo de esas irracionales exageraciones de quienes casi divinizan la humana personalidad al proclamarla absolutamente independiente. Empero, si se evitan semejantes exageraciones, ¿puede asignarse al hombre, como fin próximo y condicionado a otro fin más alto y supremo, el cultivo y desarrollo de su propia personalidad humana, aun individualmente considerada? Si, por cierto. Más aún: desde el momento en que se mira a la criatura humana como hechura de un Dios sapientísimo y bonísimo, que ha querido crear el alma a su imagen y semejanza y se ha complacido en ella, ¿qué inconveniente puede haber

en aseverar que el mismo Dios, precisamente por amor a un ser que refleja su divina imagen, haya mandado a ese tal ser cómo una obligación individual y social que se perfeccione en cuanto tal ser y colabore así con los planes de su Hacedor? Y aun si se desciende con la consideración profunda a la raíz misma de la razón de ser del Decálogo, se descubrirá que todos sus mandamientos, si han sido dados al hombre para que libremente y meritoriamente se conforme con la rectitud eterna, a la vez le han sido señalados para ayudarle, mediante su fiel cumplimiento, a la conservación y perfeccionamiento de su propia persona, en sí misma considerada y en relación con la sociedad humana, de la que forma parte. Quien ande celoso en la guarda del Decálogo celará, por el mismo caso, el valor de su persona humana y el de la persona de los demás.

Más: habida cuenta de una de las realidades modernas que están ejerciendo un influjo más corrosivo y destructor en la conservación de los valores humanos, urge más cada día poner de relieve y de bulto la importancia y excelencia de defender cada individuo humano el valor substantivo de su propia persona, tomada esta palabra en su sentido filosófico más preciso y trascendente. Al hombre moderno le apremia la necesidad de ponerse vigilantemente a la defensiva de esa su digna personalidad—*dignitas conditionis humanae*, que dice la Iglesia—contra la intrusión invasora de las masas impersonales, que le amenazan con absorberle y ahogarle a él, individuo personalísimo y portador de un destino característico personal, dentro del inmenso círculo de hierro de la muchedumbre anónima, irresponsable y carente de personalidad propia.

Algo de esto reflejó Ortega y Gasset en varios párrafos de su obra *La rebelión de las masas*, aunque con un criterio bastante diverso del que preside a estas líneas. Puede, no obstante, servirles de comprobante. «Un hecho—dice—que, para bien o para mal—seguramente que para mal, y para inmen-

so mal—, es el más importante en la vida pública europea de la hora presente, es el advenimiento de las masas al pleno poderío social. Como las masas, por definición, no deben ni pueden dirigir su propia existencia, y menos regentar la sociedad, quiere decirse que Europa sufre ahora la más grave crisis que a pueblos, naciones, culturas, cabe padecer.» Advierte a continuación que se ha de evitar el entender la palabra *masa* en un sentido exclusivo y limitadamente político, toda vez que esa ambición de las masas por dominar se extiende a todos los órdenes de la vida: intelectual, moral, económico, político, religioso... ¿Cómo podremos saber, delante de una persona, si es masa o no? Si esa persona no se valora en sí misma ni se rige a sí misma, en bien o en mal, sino que se siente *como todo el mundo*, y eso sin angustiarse ni preocuparse, sino, antes bien, gozándose de sentirse idéntico al montón humano, la tal persona lleva sin dignidad ese nombre: será ontológicamente, psicológicamente, persona, en cuanto seguirá siendo un ser humano con subsistencia propia vital; pero en el ejercicio de su actividad vital racional, libre, responsable, habrá diluido su personalidad intelectual y moral en el océano innominado de la multitud; se encontrará muy bien y muy tranquilamente en su vivir vulgar; afirmará con aire de orgullo su derecho a la vulgaridad, y aun lo impondrá dondequiera; se indignará contra cualquiera que se le quiera imponer en nombre de un criterio y de un obrar personal, en pugna contra lo que la multitud, la gente, el público, el mundo contemporáneo, piensa, siente y hace—en Norteamérica suele decirse: *ser diferente es ser indecente*—; en una palabra, será un algo sin derecho propio; será, si vale la voz, un individuo sin individuación; será, simplemente, una parte de un todo orgánico; no será persona, será masa.

Y ¿es cierto que en el mundo de hoy la inmensa mayoría de los humanos vive bajo el brutal imperio de las masas? Demasiado cierto, por gran desgracia. El estilo de las masas triunfa hoy sobre toda el área de la vida y tiende a imponerse,

cada vez con mayor tiranía, hasta en los últimos rincones del vivir. Las masas, al sentirse cuantitativamente inmensas, se han sublevado contra las minorías, pese a la superioridad cualitativa de éstas. Cada día cede de su terreno, en todos los órdenes de la existencia, lo que antes se llamaba *lo distinguido*; bajo el rasero igualitario de las masas se decapita todo lo que sobresale. ¿Significa eso una subida o una bajada en los valores humanos?

Suele objetarse que, por efecto de la universalización de la cultura, el nivel medio cultural de la gente ha subido hoy día: tanto que para el hombre que se siente moderno ha desmerecido todo lo que moderno no es; y al exclamar con tono despectivo: «Esto no es moderno», quiere dar la sensación de que siente la altura de su tiempo, y mira por encima del hombro lo que ahí abajo queda, en el nivel inferior de lo anticuado. Guardémonos, empero, de una ilusión. Puede darse muy bien que al que está en una capa más baja le parezca quedar muy debajo de sí todo lo que dentro de esa capa vaya quedando inferior a lo que le rodea en el mismo orden de cosas; pero puede al mismo tiempo suceder que a quien insensiblemente haya descendido a esa capa se le hayan perdido de vista otras capas absolutamente muy altas, donde se muevan individuos inmensamente superiores a él, y crea, con supina ignorancia, que a los tales los tiene debajo por el mero hecho de no verlos a su lado. ¿No hemos presenciado en la vida, con sonrisa comprensiva, el espectáculo de seres inferiores que menosprecian a otros de superior nivel intelectual, o moral, o religioso, para no haberse de confesar a sí mismos que ellos son los que se arrastran por el suelo? A ciertas instituciones de personalidad recia y consistente se las mira con ojeriza porque se querría que se adaptasen a la masa y se nivelasen.

Por efecto, gravemente pernicioso, de esa tendencia a imponérsenos la conducta y el pensamiento de la masa (si es que en la masa llega a definirse un pensamiento), sucede tan a

menudo que tanta gente experimenta un miedo cerval a ir contra lo que se llama la corriente, la moda, la opinión. ¡Qué bien retrató a toda esa *gente-masa* nuestro genial Tamayo cuando en uno de sus dramas pone en boca de un personaje de esa calaña estas frases, fiel reflejo del modo de ser y de hablar y de portarse de esos semihombres: «Porque soy tu amigo te advierto que para vivir en sociedad no hay más remedio que someterse a la ley de las mayorías, aunque éstas se compongan de tontos o malvados, como puede muy bien suceder. Aquí me tienes a mí, que hice lo que cada hijo de vecino hubiera hecho en mi lugar. Y ahora, ya lo ves, paso por hombre terrible y nadie se atreve a jugar conmigo.» Y al responderle el héroe del drama, héroe precisamente por no someterse a esa ridícula pero temible ley de las mayorías, que aunque le cuesta mucho trabajo vencerse y sobreponerse al respeto humano, rehusa moldearse al criterio de la muchedumbre, por preferir gobernarse por una ley que la turba no respeta, pero que él, por encima de la turba, respeta, su contrincante, tan falto de seso de lógica como de valor para defender su independencia, le responde que... sí, que ya lo ve..., que ni como esposo, ni como padre, ni como cristiano, debería aceptar el desafío; pero que en el mundo no es posible llevar las cosas tan a punta de lanza. «¿Qué importa —exclama el héroe— ser despreciado por hombres despreciables?—por las masas, diríamos ahora—. No hay en eso mengua, sino honra.» ¡Magnífico alarde de propia personalidad enfrente de la grey impersonal del mundo de amasijo!

Acercando tiempos y obras, ¿qué otra cosa es sino un valiente desafío a ese *mundo-turbamulta* aquella actitud arrogante, estética y moralmente arrogante, en que coloca Platón en aquel diálogo *Critón*, que ningún joven debería ignorar, a su maestro Sócrates enfrente de la opinión, cómodamente débil e ilógicamente acomodaticia, de los más? «Por tanto—le hace decir—, no hay que temer las vituperaciones del vulgo, sino las de la verdad. No, amigo mío, en modo

alguno hemos de atender nosotros a lo que digan de nosotros. *los más—ot nolot—*, sino a lo que la verdad diga, puesto que el parecer de la multitud no será jamás un buen guía.» Así discurre el varón sabio, aun cuando de ese modo de discurrir está colgada su vida. Discurre y obra como hombre de robusta y formada personalidad; quiere ser él quien discurre, y no la multitud por él.

Que en los tiempos que corremos hay gravísimo peligro de que sin sentirlo se dejen guiar los hombres por la masa, ni más ni menos que en un rebaño los carneros, sin propia personalidad ni independencia, convertidos en porción de un todo al que gregariamente pertenecen, es cosa demasiado clara y atestiguada por la experiencia para haber de ser demostrada prolijamente. Cada día nos quejamos de que se han ido metiendo los usos y costumbres, los hábitos y las modas de naciones extrañas, y de que el público español, olvidado de aquella arrogancia tan entrañada en el alma nacional, se ha ido haciendo a las imposiciones de fuera. Y eso en todos los órdenes de la vida, y aun con tendencia a ir invadiendo hasta aquellos cotos cerrados en donde, gracias a la severidad de la reglamentación y a la fuerza defensiva y conservadora de la tradición secular, parecía que no había de haber miedo alguno de intrusiones de masa impersonal e imperativa. ¿No se oye invocar como razón perentoria, irrefutable y mandona: «Esto, este uso, este uniforme, esta libertad, es de reglamento»? Y ¿no se rompen todas las razones y todas las voces de ruego y de mando contra esa excusa tan maniada y de tan decisivo valor: «Esto, esta costumbre, esta actitud, este vestido o este desnudo, es de moda»? Ahí está la masa ciega, brutalmente irracional y, con todo eso, arrolladora. Y las personalidades humanas que deberían mantenerse dueñas de sus derechos y erguirse gritando: «No nos doblaremos vilmente y con dejación de nuestro yo», ahí quedan, tantas veces envueltas en el rollo de lo vulgar, confundidas entre la avalancha de lo impersonal, sin bandera que tremole sobre-

la irrupción de los bárbaros, sin el timbre de gloria de sentirse personalidad distinguida e invicta, sin nombre casi.

Los jóvenes, más que nadie, y las jóvenes, son hoy quienes se espantan ante la perspectiva de sentirse solitarios si, por no abdicar de su personalidad, han de negarse a echar por donde echa la mayoría. ¡ Indigno y ridículo espanto ! ¡ No hay por qué espantarse de no ser uno del vil montón !

Y lo peor del caso es que, en son de defensa, de una defensa semiinconscientemente formulada, se tacha de idealistas y sobradamente desconocedores de la realidad a quienes, señorialmente soñadores de un mundo mejor, dan la voz de alarma contra la antihumana absorción del individuo humano, racional y libre, por la turbamulta forzosamente atropelladora ; contra la formación de esas masas obreras que apenas están ya compuestas de personas con cabeza, corazón y conciencia ; contra el predominio social de ese alto mundo que con la legislación tiránica de sus modas se impone a todos, rebajando con mirada burlona, y hasta aniquilando socialmente como a parias, a cuantos y a cuantas osan marchar contra su corriente tiránica. Ahora, al contrario, es cuando cabría decir que los sanamente idealistas hacen en este mundo casi apolillado el oficio del alcanfor, que preserva de la corrupción a la parte todavía sana. Cualquiera burla o sátira con que se intente innoblemente rebajar o deprimir a las tales *personas* delataría, más que nada, pequeñez de espíritu.

Nadie, con todo eso, crea que confundimos a los juiciosamente y valientemente independientes con los que en todo tiempo se han llamado *extravagantes*. Estos, como el mismo nombre lo dice, son los que andan vagando fuera del área social, medio alielados y con semblante de ensimismamiento, por faltarles el rumbo fijo. No son hijos de sus convicciones razonadas y de sus criterios sensatos, sino de sus embelecos y de sus pesadillas de enfermo calenturiento. Por lo mismo, chocan con todos los tipos selectos de personas a carta cabal que aquí propugnamos y enaltecemos. Porque éstos se salen,

sí, afuera del aturdido hacinamiento de las semipersonas; pero en manera vaguean ni discuerdan; van muy bien dirigidos y saben a dónde se encaminan; y si tal vez no mezclan sus voces con las de muchos, en cambio se libran de meterse en lo que no es armonía, sino algarabía discordante, y prefieren acordar su vida con los armónicos acentos de los que en el mundo cantan afinados y concordados, precisamente porque se atienen a la norma eterna de la armonía de las almas bien armonizadas con su conciencia y con su Dios.

Esos preciosos ejemplares de hombres personalísimos, selectos, señores excelentísimos de aquello que en el hombre es más arduo dominar, incomunicados e incomunicables, como no lo son las partes carentes de valor substantivo, a ninguno de esos todos desvalorizados que se jactan de su nombre in noble de masa; esos ejemplares, cada día más raros, de hombres cien por cien, son los que hay que formar a costa de cualquier trabajo y sacrificio. Entre los jóvenes educandos hay siempre un grupo de superdotados, en cuya formación selecta estarían muy bien empleadas las energías de un educador eminente. Formarles a esos jóvenes su personalidad de modo que se habituasen a pensar y sentir desde sus adentros y rectísimamente, sería un servicio altamente meritorio. Media docena de tales *personas* que se atrevan a no ir por donde va la gente, cuando la gente va a donde no debe ir una persona, ejercen más influjo salvador en la sociedad que millaradas de muñecos cuyos resortes maneja la moda automática. Esos espíritus subsistentes en sí—y tanto con más fuerza cuanto más se apoyan en Dios—son los que sienten y saborean el placer exquisito de darse ellos a sí mismos la razón de sus actos sin haber de esperar a ver qué piensan o hacen o sienten los vecinos, o la Prensa, o la opinión, o los críticos, o el público. Ni es una conducta tal en semejantes hombres pujo de soberbia originalidad, como lo es en aquel delicioso personaje de Benavente que no va a Italia porque se le antoja ridículamente más original no ir. Es, sencillamente, que

les rebosa su personalidad, y les da hastío, y aun asco, el vivir convertidos en monos de imitación. Es que se les subleva todo su ser de sólo pensar que tuviesen que escribir los anales de su existencia al dictado de otros, cual relojes de repetición, eco mecánico de voces extrañas. Así, nuestro Menéndez Pelayo (cuya autoridad tanto se invoca, pero cuya personalidad se tiene miedo de imitar), después de haber escrito y publicado sus ocho tomos de la *Historia de las ideas estéticas de España*, en medio de un ambiente social y cultural enrarecidísimo, y en una España donde la independencia racial del pensar había casi desaparecido, tuvo arrestos para lanzar a los cuatro vientos, en su «Advertencia preliminar» al último tomo, esta profesión de personalismo retador: «El silencio y la indiferencia de la crítica son tales, que si no nos alienta ni nos estimula, tampoco nos molesta ni perturba imponiéndonos modas y preocupaciones del momento, ni sujetándonos a la tiranía del mayor número, como en otras partes suele acontecer.»

Satisface tanto a un recto apreciador de su persona humana la conciencia de sentirse poseedor pleno del señorío de su ser y desembarazado de las ligaduras de dependencia servil de la manada, que hasta vale la pena aventurarse alguna vez a equivocarse en cosas de menor monta, a trueque de gustar el goce de andar sin los andadores del público apoyo. ¡Qué profundo precursor de estas ideas viene a ser el dicho del Kempis: «Cuantas veces anduve entre los hombres, volví menos hombre.» Natural: metido uno en la caterva, se hace insensiblemente a tomar el color y el movimiento de los que, sin notarlo, le arrastran. *Aguntur, non per se agunt*, que dice Santo Tomás (1). Lo difícil, y muchas veces lo heroico, es reaccionar con tal bravura contra esa inclinación indolente a dejarse llevar, que se convierta uno en guía y conductor de la muchedumbre. Es el polo opuesto de la actitud que toman los

---

(1) «Summa Theologica», P. I. § XXIX; a. 1.

que, por dejación de su personalidad, se rebajan hasta mudarse, ellos, seres humanos, en cosas, en números. Esa es la meta del Socialismo, del Estatismo: deshumanizar al hombre, que, habiendo de tener en sí fin propio, se trueca en una pieza sin alma del todo.

Sospechará alguno que por debajo de todo este alegato en defensa de la humana personalidad late un no sé qué de soberbia y de rebeldía, un ansia incoercible de independizarse de su sociedad, de su tiempo, un prurito rechazable de singularizarse y de no ser como los demás. Nada más equivocado. El concepto cristiano de persona humana, si, por una parte, excluye la renuncia infrahumana a poseerse el hombre a sí mismo y a no dejarse poseer de otros en lo que él tiene de más íntimo, que es su inteligencia y su libertad; por otra parte, incluye—y si no lo incluyera, no sería concepto cristiano—la dependencia de aquel Ser divino que, por haber sido su primer principio y haber de ser su último fin, posee sobre él el dominio y la soberanía más absolutos que imaginarse pueden. Más aún: por la misma razón de sentirse el cristiano esencial y primordialmente dependiente de Dios, se siente obligado a romper generosamente con todo yugo que, atándole con otros hombres, tienda a desatarle del yugo de su Señor. Este yugo es cadena de oro y hace libres y reyes: esotro es de vilísimo metal y rebaja a la vergonzosa condición de esclavos. Esa convicción es la que hizo prorrumpir a San Pablo en aquel grito de triunfo: «Así, pues, no eres siervo, sino libre; libre con esa libertad que es el regalo precioso de Cristo.» Mas, también, por lo mismo, el cristiano no cree rebajarse cuando, por reverencia y amor de Dios, libérrimamente obedece al Superior que, en nombre de Dios, le impone obligaciones y le da órdenes. Antes, por el contrario, al dejarse entonces poseer y regir por la infinita inteligencia y bondad de Dios, se hace apto para ser en sus manos instrumento de acciones que llevarán, por su grandeza y fecundidad espiritual, el sello de lo divino.

Hoy, al contrario, asistimos a la absurda paradoja de que, mientras más se alardea de una libertad que rechaza la coyunda de sacratísimos deberes emanados del único principio de dependencia recta y honrosa, escasean más y más los hombres-personas, y se va convirtiendo el mundo en un *servum pecus*, en un rebaño servil de *mimetistas*.

¡Curioso fenómeno, pero verdaderísimo! Los que, entre los hombres, parecen inmolar más su personalidad propia en aras de esa dependencia que se profesa en las Ordenes religiosas y que llega hasta consagrarse con voto perpetuo; esos, por cierto resultado a los ojos de la gente contradictorio, son, en realidad, los que más dominio han revelado de su voluntad, y los que, en virtud de una como subsistencia moral en Dios, al despojarse moralmente de su propio sostén, sienten en sí un sostén mucho más consistente, y dirigidos por esa obediencia cuyas riendas van a parar a la diestra de Dios, van incomparablemente entusiastas, briosos y seguros en prosecución de empresas que ceden en beneficio incalculable del mundo. Suele decirse de ellos, en son de burla condenatoria, que van al revés del mundo; y esa crítica constituye uno de sus más estimables blasones de espiritual nobleza. Ostentan con ese marchar resueltos en dirección opuesta al ganado errante, que no son de él, que le compadecen, que se sitúan al margen de él cabalmente para hacer ver a los más animosos que es posible remar contra la corriente; que es cosa sublime y sobrehumana—al fin, como hazaña realizada, no con fuerzas naturales, sino sobrenaturales—renunciar a ser un mero sumando que ayude a dar una suma de valores negativos, para aspirar a ser un factor que contribuya a rendir un producto de positivo y benéfico valor.

.....

Dijimos al principio de este estudio que nos lo había sugerido una clase de Ontología al exponer algunas aplicaciones de la tesis de la subsistencia y de la persona, orientadas hacia

la vida futura de los alumnos. Permítasenos, al finalizar un estudio que ha sido un eco del aula, insistir en el aspecto pedagógico que espontáneamente surge como clarísimo corolario de la doctrina expuesta.

Anda flotando por los ámbitos de la Pedagogía entre celajes que lo envuelven en vaguedad mareadora un concepto impreciso, y para muchos objeto de contradicción por no distinguirlo con claridad; del *Humanismo*. Creen no pocos que eso de Humanismo huele a cosa trasnochada, o al menos se ha de relegar a las clases inferiores; lo involucran en una porción de prejuicios antiliterarios o anticlásicos, y lo juzgan indigno de que venga a invadir los dominios de una pedagogía que quiere llamarse moderna y científica. ¡Qué miopía intelectual y qué confusionismo pedagógico entrañan tan pobres o tan errados modos de concebir el Humanismo! Muy otro es su sentido y mucho más amplio y trascendente es su destino en la enseñanza. Si parte, como de su punto de arranque, de los estudios específicamente literarios, porque en ellos es donde se echan sus fundamentos sólidos, no da por terminada su tarea humanizadora en ese ciclo primero de Humanidades. Sigue, o debe seguir, acompañando como amigable mentor y seguro inspirador al joven en sus estudios superiores y nominalmente en sus estudios de Ciencias.

¡Qué frutos tan sabrosos le da y cómo le transfigura sus estudios con bellísima luz el Humanismo bien entendido, al penetrar de espíritu humano, al llenar de humano interés y de calor vital las tesis de Filosofía, las lecciones de Ciencias naturales y de las demás Ciencias! ¡Son tantas y tan interesantes las aplicaciones y derivaciones a la vida humana y al campo de los humanos sentimientos que de los estudios científicos puede hacer en su clase un Profesor de Filosofía y Ciencias que sea un auténtico humanista! Guarde, eso sí, la enseñanza filosófica y científica su método propio, exigiendo con rigor el análisis, la precisión, la observación atenta del dato y del fenómeno, la deducción lógica de las consecuencias; pe-

ro, recorrida la cuestión, ábrase a los jóvenes el círculo de irradiaciones vitales que de ella parten. Salgan, en hora buena, los discípulos de esas clases con ideas claras y bien profundizadas, pero, ¿por qué no han de salir de cuando en cuando, si la tesis da de sí, con el corazón impregnado de sentimientos bellos y elevadores, con la conciencia práctica bien formada, con la voluntad más fuertemente adherida al bien, a la virtud, a la moralidad cristiana, al criterio evangélico? Y así saldrán, si el resplandor de la verdad filosóficamente investigada alcanza a dar de lleno en el plano de la vida.

De esa tesis, por ejemplo, de la subsistencia y de la persona, ¿por qué no han de salir nuestros jóvenes más hombres y más personas? Que, en fin de cuentas, ese es el fin supremo de todas las enseñanzas jerárquicamente organizadas: desarrollar plenamente la humana personalidad. Y en eso consiste la dignidad y la trascendencia del cargo de Profesor de la juventud; porque más importa a la sociedad hacer hombres que hacer obras.

